

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2 . ª É P O C A

Año 1951 - Número 45



SEVILLA

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL



188

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA

HISTÓRICA, LITERARIA

Y ARTÍSTICA

EJEMPLAR NÚM. **168**



IMPRESO EN ESPAÑA.

PRINTED IN SPAIN.

EN LA IMPRENTA PROVINCIAL — ESCUELA DE ARTES GRÁFICAS,
SAN LUIS, 27. — SEVILLA.

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTÓRICA, LITERARIA
Y ARTÍSTICA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

2.^a Época
Año 1951



Tomo XIV
Número 45

PUBLICACIONES DEL PATRONATO DE CULTURA
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

1951

ENERO-FEBRERO

Núm. 45

CONSEJO DE REDACCIÓN

Don Ramón de Carranza y Gómez, marqués de Soto Hermoso, Presidente de la Excma. Diputación Provincial.—Don Cristóbal Bermúdez Plata.—D. Angel Camacho Baños.—D. Carlos García Oviedo.—D. José Hernández Díaz.—D. Manuel Justiniano Martínez.—D. Celestino López Martínez.—D. Joaquín Romero Murube.—D. Francisco Ruiz Esquivel.—D. Federico Villanova Hoppe, Secretario de la Excma. Diputación Provincial.—Director: Don Luis Toro Buiza.—Secretario: D. José Andrés Vázquez.

SUMARIO

ARTICULOS ORIGINALES

	Págs.
José López Toro.— <i>El poeta sevillano Juan de Alcalá</i>	9
José Armenta Camacho-Luis Benítez Romero.— <i>Epidemiología del Kola-Azar, en Sevilla y su provincia</i>	29
Antonio Domínguez Ortiz.— <i>Un embajador marroquí en Sevilla</i>	49
Federico Gutiérrez Serrano.— <i>San Antonio María Claret y Sevilla</i>	57

MISCELANEA

Higinio Capote.— <i>Don Luis Montoto</i>	77
Abel Bonnard.— <i>Sevilla, Ciudad de la cultura</i>	85
***.— <i>Concurso de monografías</i>	89
LIBROS	91
CRÍTICA DE ARTE.— <i>Pintura, Escultura y Grabado</i> , por Antonio Sancho Corbacho.....	101
CRÓNICA.— <i>Julio y agosto, 1945</i> , por el Cronista Oficial de la Provincia	107

SEVILLA, CIUDAD DE LA CULTURA

Bajo el título Sevilla en Otoño ha publicado el ilustre académico francés, don Abel Bonnard, el artículo que a continuación reproducimos. Su alta categoría intelectual y su amor a nuestra ciudad, nos inducen a recoger aquí su trabajo para divulgarlo y agradecerlo. Trátase de un valioso testimonio de contrapartida ante la reiterada tendencia a desbarrar de aquellos exégetas extraños —y aún propios— de Sevilla, ciudad singular que en modo alguno puede ser observada y conocida con billete de ida y vuelta o con inmutable fidelidad al prejuicio o la ignorancia.

El mejor tiempo para los viajes es sin duda el otoño, pues es la menos material de las estaciones, aquella en que puede decirse que una luz purificada, atenta e inteligente, parece llamar a sí, atrayendo el alma de las cosas a su superficie.

Por lo que a mí respecta acabo de gustar en Sevilla los placeres ingenuos reservados al espectador. Todo lo que se diga será poco respecto a la delicadeza del buen tiempo en esta Andalucía de octubre; en esta Sevilla en que me encontré agradablemente a solas, mezclando a mis sensaciones los recuerdos de otras estancias en estos parajes privilegiados.

En mi intento de precisar hoy los elementos de las gratas sensaciones sentidas, se me aparecen ante los ojos en primer lugar los jardines del Alcázar; en los cuales las flores están esparcidas con tal profusión que llegan a borrar con sus colores la mancha del hombre que entre ellas se aventura. Se dan todas las gamas del color en el jardín maravilloso: el violeta de las bouganvillas, la flama roja de los ibicus, el hechizo multicolor de los jazmines y las rosas, los árboles levantándose rectos al cielo y las palmeras dejando caer el surtidor de sus ramas verdes; los naranjos encendiendo sus frutas de oro...

Y para completar el cuadro incomparable, oigo el murmullo de una fuente y el canto de un pájaro que parecen elevarse en las cúpulas del aire.

Pero el placer no reside sólo en este paraíso floreal; le hallo también en la ciudad, en la cual, la deslumbradora blancura apenas rota a trechos por fachadas amarillas o rojas, o el verde del agua, parece quitar su peso a las casas.

Yo me perdía en los barrios recónditos, cuya intimidad no era turbada por ningún coche, y me aventuraba en las largas calles sinuosas en busca de los viejos templos con minaretes cargados de campanas que saludaban a la Giralda: el de San Lorenzo, el de Santa Catalina, el de Santa Marina y el más elegante y bello de todos: el de San Marcos.

Sin embargo, mis ojos volvían siempre a la contemplación del azul sevillano que no es el azul abstractamente puro y místico de Madrid, sino uno dulce y templado, enternecido por la influencia del Atlántico.

Es un goce inefable el de las últimas horas del día cuando el sol acaba de ponerse dejando en el aire su claridad y se contempla el blancor de las casas, acusándose sobre este azul en el que un mochuelo, con su vuelo asustado, pone la primera pincelada de sombra. Se comprende la necesidad de que existan ciudades como ésta que parecen hechas para atraer a nuestras almas el sentimiento de las primeras dichas que son las que experimentamos por el sólo hecho de estar en el mundo, sin que intervengan los elementos particulares de nuestro destino. Antes bien, es condición precisa para ese goce, que se borre en nosotros todo lo que es personal a fin de poder entregarnos a las cosas; que nos compongamos un alma que no sea un cuadro, sino sólo un espejo.

Debe advertirse empero que el encanto de Sevilla no depende sólo de su luz y de sus jardines; es algo más complejo y más profundo. Un pueblo muy antiguo conserva en su recinto urbano sus costumbres peculiares y distintivas y las defiende en la medida en que le es posible del diluvio de uniformidad que inunda el mundo.

Sevilla es una ciudad en que resuenan a la vez los ecos de distintos pasados y en la que el oído del espíritu percibe con delicia todos los elementos diversos de esta armonía ambigua.

Ciudad española con brotes del gótico nórdico y europeo que produjeron su catedral grandiosa, Sevilla ofrece al mismo tiempo mucho de lo que ha dado el Islam, más bien, los *islames*, desde el asiático y refinado de los Omeyas hasta el africano y puritano de los almohades, tras de los cuales vino América a rendir a sus pies sus tributos y sus maravillas. Puede decirse que las cinco partes del mundo han concurrido a formar el encanto sevillano en que tantos elementos dispares están combinados y confundidos. Es este filtro de los siglos lo que Sevilla nos da a beber en la copa del buen tiempo.

Se trata de algo más que de una ciudad histórica: Sevilla es la ciudad de la cultura.

El plano de la historia es el de los combates; el de la cultura, el de las relaciones entre los pueblos. En el plano histórico éstos chocan; en el cultural se encuentran y se comprenden.

Las ciudades que existen no sólo por la historia sino por encima de ella, no abundan mucho. Una de ellas es Roma, en la que del imperio romano que tuvo su mediocridad y su pesadumbre, sólo queda hoy la sinfonía de las ruinas.

Otra de estas ciudades es Florencia, en la que el espíritu de la gracia antigua con todo lo que supone de ágil y sutil, vino con el Renacimiento a estimular el espíritu toscano en sus maneras más vivaces.

Ciudades culturales son también Venecia, situada entre el Norte y el Oriente, hermana mediterránea de Nuremberg, a la que llegó la influencia de Stambul; Viena, que bajo los auspicios de la música mezcla el alma de Alemania a la de Italia; Palermo, en esta Sicilia que nos asombra también con sus contactos y cruces de razas desde los tiempos de los Sículos hasta los de la Italia moderna. Los cartagineses, los griegos, los romanos, los árabes, los normandos y los españoles midieron sus fuerzas allí y se mezclaron sus genios.

Sevilla figura entre esas Princesas de la Humanidad que elevan nuestro espíritu a un plano superior en el que libres de la inepta obsesión de las fronteras, podemos llegar a conocer los diferentes pueblos según lo que cada uno aporta a los otros de más puro y más noble.

Por esto es tan dulce contemplar a la ciudad radiante cuando se nos aparece con su adorno de siglos a la luz de los días buenos, suscitando a la vez en nosotros sensaciones y pensamientos que se funden en sueños inefables.

ABEL BONNARD

De la Academia Francesa.